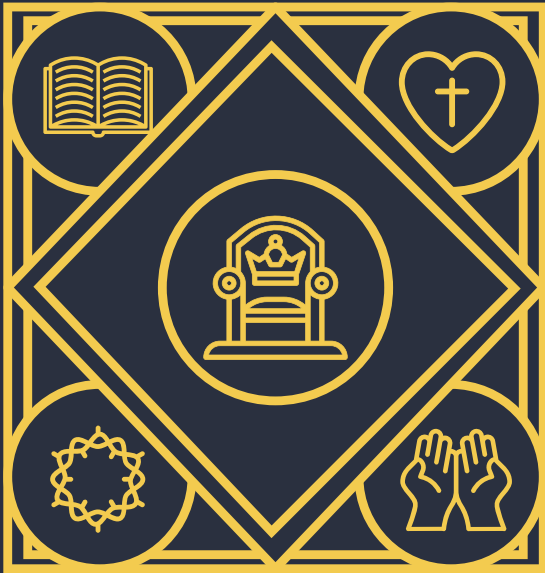




CINCO VERDADES QUE CAMBIAN VIDAS



Redescubriendo el mensaje de
la Reforma para nuestros días

Jonathan Boyd | José «Pepe» Mendoza | Leonardo Meyer | Josué Ortíz

Josué Barrios
(Editor general)

Cinco verdades que cambian vidas:

Redescubriendo el mensaje de la Reforma para nuestros días.

© 2021 Coalición por el Evangelio

Director Editorial: José «Pepe» Mendoza

Diseño de portada: Jacob Mejicanos, Carolina Holguín

Diseño de interior: Jacob Mejicanos, Carolina Holguín

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de Coalición por el Evangelio. Escanear, subir, distribuir o vender este libro por Internet o por cualquier otro medio impreso o digital es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Coalición por el Evangelio

coalicion@thegospelcoalition.org

www.coalicionporelevangelio.org

CONTENIDO

Prefacio	4
Introducción: El mensaje de la Reforma <i>Por Josué Barrios</i>	6
<i>Sola Scriptura</i> : La Escritura sola como máxima autoridad <i>Por Jonathan Boyd</i>	11
<i>Sola Fide</i> : La justificación es por la fe sola <i>Por José «Pepe» Mendoza</i>	22
<i>Sola Gratia</i> : La salvación es por gracia sola <i>Por Leonardo Meyer</i>	31
<i>Solus Christus</i> : Solo Cristo es nuestro Salvador <i>Por Josué Ortíz</i>	40
<i>Soli Deo Gloria</i> : Solo a Dios sea la gloria <i>Por Josué Barrios</i>	48
Sobre los autores	59
Notas	61

PREFACIO

Las cinco *solas* de la Reforma marcan no solo un hito histórico, sino también doctrinal y teológico en la historia de la Iglesia. Podríamos decir que los cristianos siempre han tenido conocimiento de la Escritura, la fe, la gracia, de Jesucristo y de que la gloria es para Dios. Sin embargo, la palabra «*sola*» les confiere a estos cinco aspectos generales un carácter único, poderoso, preciso y central en la salvación planeada por Dios que relega y bloquea todo intento de hacer de la salvación un esfuerzo religioso o moralista humano. Las *solas* afirman que cada uno de estos aspectos es único en su especie, que surgen del corazón soberano de Dios y son justamente el resumen de las buenas noticias de salvación entregadas por el evangelio.

El presente recurso de Coalición por el Evangelio no busca simplemente revisar los hechos históricos y el valor teológico de las cinco *solas*. Lo que consideramos importante es refrescar nuestro entendimiento con el valor de estas verdades y su aplicación a nuestra fe y práctica cristiana en los tiempos que nos ha tocado vivir. Podría pensarse que los aspectos centrales de la Reforma ya no son necesarios y hasta son redundantes, pero en este caso seguimos el consejo del apóstol Pedro, quien siendo anciano y pronto a partir, le escribió a la iglesia:

Por tanto, siempre estaré listo para recordarles estas cosas, aunque ustedes ya las saben y han sido confirmados en la verdad que está presente en ustedes. También considero justo, mientras esté en este cuerpo, *estimularlos recordándoles estas cosas*, sabiendo que mi separación del cuerpo terrenal es inminente, tal como lo ha declarado nuestro Señor Jesucristo. Además, yo procuraré con diligencia, que en todo tiempo, después de mi partida, *ustedes puedan recordar estas cosas* (2 P 1:12-15, énfasis añadidos).

Manteniendo el mismo espíritu de Pedro es que presentamos esta obra para que recordemos juntos, y nos estimulemos espiritualmente, al traer a la memoria una vez más la verdad del evangelio proclamada a través de las cinco *solas* de la Reforma.

José «Pepe» Mendoza
Director Editorial

INTRODUCCIÓN

EL MENSAJE DE LA REFORMA

POR JOSUÉ BARRIOS

¿En qué piensas cuando escuchas las palabras «Reforma protestante»?

Puede que pienses en la historia de la iglesia o en teólogos idolatrados por gente —a veces presumida o muy intelectual— que devora libros sobre doctrina. Tal vez pienses en debates aburridos o simples expresiones dogmáticas sin mucha aplicación práctica para nuestras vidas.

No pretendo juzgarte si piensas así. Hubo un tiempo en el que pensé lo mismo. Sin embargo, inada puede estar más lejos de la realidad!

Sí, la Reforma fue un movimiento histórico. Pero no fue cualquier movimiento: puede que sea el avivamiento o la exaltación del evangelio más importante en la historia desde los días de los apóstoles, cuyo impacto todavía permanece.

Sí, hubo teólogos que hoy son idolatrados por algunos. Pero esos teólogos no tienen la culpa de eso. Estos hombres falibles, como Lutero y Calvino, fueron instrumentos que buscaron dirigir nuestra mirada a Dios y no a ellos mismos.

Sí, también hubo debates muy prolongados, que incluso continúan hasta el día de hoy, donde se discutían dogmas que podrían sonar abstractos. Pero en realidad la Reforma

tiene implicaciones prácticas porque la Palabra de Dios tiene aplicación a la vida diaria. Todos tenemos ideas y creemos dogmas sobre Dios, estemos conscientes de ellos o no, y la Reforma vino a ser la búsqueda de que la Biblia sea el instrumento que moldee e informe nuestra visión de Él.

Lo que buscó la Reforma

La Reforma se inició en 1517, cuando el papa León X autorizó reducciones en el castigo por los pecados a quienes dieran dinero para la construcción de la Basílica de San Pedro en Roma. La forma en que se vendían y promocionaban estas reducciones, conocidas como indulgencias, resultó escandalosa para un monje llamado Martín Lutero, que vivía en Wittenberg, Alemania. «Tan pronto caiga la moneda a la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela», exclamaba en público John Tetzel, encargado de la venta de indulgencias en varias regiones de Alemania.

Lutero escribió noventa y cinco tesis para responder a esta venta de indulgencias y las publicó el 31 de octubre de 1517. Él argumentó que el arrepentimiento requerido por Dios para el perdón de los pecados involucra una actitud interna en la persona y no consistía solo en un acto exterior (como realizar un pago a la Iglesia). Él solo quería promover un debate saludable por el bien de la Iglesia. Pero lo que se desencadenó por la gracia de Dios no solo llegó a revelar la falsedad del sistema de indulgencias, sino también de toda la estructura religiosa y gran parte de la doctrina de la cristiandad que primaba en ese momento.

En una época en que la tradición y los dogmas de la Iglesia católica había oscurecido y distorsionado la enseñanza de la Escritura, la Reforma buscó levantar la Biblia para aprender lo que Dios nos revela, con su centro en el evangelio de la gracia de Dios, y responder en adoración genuina a Él. De hecho, la mayoría de los evangélicos hoy no imaginan que, sin la Reforma, no solo el verdadero evangelio tal vez no hubiese llegado a nosotros, sino que incluso no habría Biblias en nuestro idioma y quizás hasta fuésemos analfabetos. Así de importante es la Reforma.

Cinco verdades cruciales

En este recurso de Coalición por el Evangelio, queremos mostrar la relevancia diaria de las doctrinas más importantes que la Reforma rescató del olvido y las muchas capas de supersticiones, ritos, y dogmas humanos que con el correr de los siglos fueron arrojados por encima del mensaje de la Biblia.

Cada capítulo a continuación busca abordar una de las cinco *solas* de la Reforma. Son frases en latín que surgieron durante la Reforma para resumir las verdades bíblicas más centrales que este movimiento promovió y predicó en contraste con la doctrina y práctica de la Iglesia católica romana.

Las cinco *solas* son las siguientes:

- *Sola Scriptura*: La Escritura sola, sin necesidad de añadir algo más (como la tradición, los concilios y las palabras de teólogos), es nuestra única autoridad final para asuntos de fe y práctica. Esto no significa que la

tradición y las palabras de los hombres no tienen algún valor, sino que la Palabra de Dios está por encima como máxima autoridad.

- *Sola Fide*: La fe sola, sin necesidad de añadir algo más que pretenda aportar a nuestra salvación (como obras o rituales) es el único medio por el cual recibimos la justificación en Cristo, es decir, somos declarados justos ante Dios y así somos reconciliados con Él. Esta fe siempre viene acompañada de obras, pues el evangelio cambia nuestras vidas, pero estas obras no son necesarias para nuestra justificación, pues somos justificados solo por la obra de Cristo a nuestro favor.
- *Sola Gratia*: La gracia sola, sin necesidad de que se requieran méritos, es la razón por la que somos salvos. La salvación es un regalo totalmente inmerecido. No podemos ni siquiera pretender ganar méritos ante Dios por nuestra fe y obediencia que nos hagan dignos de salvación.
- *Solus Christus*: Solo Cristo, sin necesidad de otros mediadores, es el único autor de nuestra salvación. Él es la cabeza de la iglesia y no el papa o cualquier otra criatura o persona. Él pagó completamente el precio de nuestra redención. Él es nuestro único Salvador y Señor, digno de toda nuestra adoración.
- *Soli Deo Gloria*: La gloria sea solo a Dios, pues todas las cosas (incluyendo nuestras vidas y redención) son de Él, por Él y para Él.

Mientras haya personas perdidas en sus pecados y existan congregaciones afirmando un falso evangelio y negando la autoridad final de las Escrituras, todavía hay necesidad de unirnos a los reformadores en la proclamación de estas *solas*.

Nuestra oración es que este recurso te anime a que, cuando escuches las palabras «Reforma protestante», pienses primero que nada en la belleza de la salvación que tenemos en el Señor, quien nos ama sin medida, y seas alentado a compartir el evangelio con otros y adorar más a Dios. Esto es lo que querían los reformadores y es lo que somos llamados a buscar hoy.

CAPÍTULO 1

**SOLA SCRIPTURA:
LA ESCRITURA SOLA
COMO MÁXIMA
AUTORIDAD**

POR JONATHAN BOYD

El fallecimiento de una vecina hizo que escuchara varias creencias relacionadas con el tema de la muerte y la ultratumba. Algunos dijeron que ella estaba con el Señor; otros expresaron que estaba en un mejor lugar, pero que debíamos rezar por su alma. Otros quizás pensaban que estaba en el purgatorio. Un suceso tan lamentable sirvió para que expresáramos lo que creemos y evaluáramos la base de las creencias personales.

¿Por qué creemos lo que creemos? Cada uno tiene miles de creencias sobre muchos temas y nos basamos en varias fuentes de autoridad para sostener dichas creencias. Desde la perspectiva cristiana, las creencias de mayor trascendencia tienen que ver con Dios y nuestra salvación. Según la enseñanza bíblica de *Sola Scriptura*, la única fuente inerrante e infalible para encontrar respuestas a estas preguntas es la Escritura.

Esta enseñanza no es popular. Hoy en día sigue levantándose oposición a la autoridad de las Escrituras. El posmodernismo quiere relativizar toda creencia: «No hay una verdad absoluta», afirman sin notar la ironía. Otros creen que la ciencia prueba que la Biblia está equivocada y hay algunos que afirman que una tradición oriental nos puede

orientar mejor que una colección de sesenta y seis libros «anticuados». También están los que argumentan que las Escrituras no valen la pena porque no ven una relevancia inmediata o práctica para sus vidas en las enseñanzas de la Biblia.

La doctrina de *Sola Scriptura* está siendo más atacada que nunca en el siglo XXI. Por lo tanto, necesitamos recuperarla y afirmarla una vez más. Un entendimiento sólido de esta doctrina nos dará firmeza en medio de las tormentas y nos ayudará a decidir sobre asuntos doctrinales y éticos. Nos guardará también de un individualismo malsano y, por encima de todo, nos llevará a entender la salvación.

En este capítulo exploraremos qué es la doctrina de *Sola Scriptura*, cómo la sostenemos bíblicamente y cómo podemos responder ante algunos ataques en su contra.

***Sola Scriptura* definida**

La Reforma protestante tuvo que ver con dos asuntos primordiales que llevaron a la ruptura entre la Iglesia católica romana y las iglesias protestantes: la justificación por la fe sola (*Sola Fide*, lo cual supone las doctrinas de *Sola Gratia* y *Solus Christus*) y las Escrituras como la autoridad final para nuestra fe y vida (*Sola Scriptura*).

En términos técnicos, hablamos de la justificación por la fe sola como el «principio material» y *Sola Scriptura* como el «principio formal» de la Reforma. ¿Qué significan esos términos?

El principio material es el que tiene que ver con el material del cual está hecho algo, mientras que el principio formal es

la estructura que le da forma a un asunto, como el cauce de un río que lleva las aguas por un camino.

En el caso de la Reforma, el principio material sobre el cual se dividieron la Iglesia católica romana y la Iglesia protestante fue la doctrina de la justificación. La Iglesia católica definió finalmente su postura en el Concilio de Trento (1547) al explicar que la justificación «no solo es el perdón de los pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior por la voluntaria admisión de la gracia y dones que la siguen».^[1] Por su parte, los reformadores la entendían solo como la imputación de la justicia de Cristo al creyente por la fe en Él.^[2]

Lutero llegó a entender la justificación por la sola fe a través de su estudio de las Escrituras, específicamente los Salmos, Romanos y Gálatas.^[3] Él pensó por un tiempo que la Iglesia católica escucharía sus ideas, pero una disputa en 1519 con el defensor del catolicismo Johann Eck, lo llevó a comprobar que eso era imposible. Es más, los argumentos de Eck lo impulsaron a examinar el fondo de su fe. La pregunta que se hacía era: ¿cuál sería su autoridad final: el papa o las Escrituras?^[4]

La expresión de su nuevo principio formal se hizo pública en la Dieta de Worms (1521), una reunión imperial en la que Lutero estaba siendo juzgado:

A menos que se me convenza por testimonio de la Escritura o por razones evidentes, puesto que no creo en el papa ni en los concilios [de la Iglesia católica romana]... estoy encadenado por los textos de la Escritura que he citado y mi conciencia es una cautiva de la Palabra de Dios. No puedo ni quiero retractarme de nada.^[5]

Otra expresión temprana de la enseñanza *Sola Scriptura* son las *Diez conclusiones de Berna* (1528), el resultado de una

disputa entre los católicos y los protestantes en Suiza. La segunda conclusión sintetiza bien esta doctrina:

La Iglesia de Cristo no formula ninguna ley ni mandamiento aparte de la Palabra de Dios; por tanto, las tradiciones humanas no son obligatorias para nosotros excepto en la medida en que estén fundamentadas en la Palabra de Dios o prescritas en ella.^[6]

De esa manera, podemos concluir que *Sola Scriptura* enseña que la única autoridad infalible hoy en día es la Escritura. Por tanto, toda enseñanza y práctica debe ser evaluada a la luz de la Palabra de Dios y, si en algo se desvía de esa autoridad, se debe rechazar.

Una autoridad final es inevitable

Quinientos años después, este principio formal sigue definiendo las diferencias entre los cristianos evangélicos y los católicos romanos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* resalta que los términos del debate no han cambiado, pues afirma:

81. «La *sagrada Escritura* es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo».

«La *Tradición* recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación».

82. De ahí resulta que la Iglesia, a la cual está confiada la transmisión y la interpretación de la Revelación «no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así las dos se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción».^[7]

Al leer estas afirmaciones, la pregunta que surge es: ¿Qué pasa si la Iglesia se desvía de la enseñanza correcta de la Escritura? Si hay un conflicto entre lo que la Iglesia enseña

y la Escritura, ¿qué se podría hacer?

La respuesta es que, aunque en teoría la Escritura y la interpretación de la Iglesia católica tienen la misma autoridad, en la práctica una de las dos fuentes tiene que predominar. Como explica el teólogo Herman Bavinck: «La iglesia, según lo que hoy día es la doctrina católica universalmente aceptada, es temporal y lógicamente anterior a la Escritura».^[8] De esa manera, en el catolicismo romano, la tradición y los dogmas humanos terminan imponiéndose sobre la Biblia.

Solo *una* autoridad puede ser final para determinar una cuestión de fe. De manera amplia, podríamos hablar de varios candidatos que podrían servir como esta autoridad final: los textos sagrados, la tradición, la razón o la experiencia. En el momento de decidir un asunto sobre las creencias, queda patente cuál es nuestra máxima autoridad.

Si un católico dice: «Yo sé que la Iglesia católica romana enseña la doctrina X, pero yo no estoy de acuerdo porque me parece que tiene más sentido la doctrina Y», se ve claramente que la razón es su máxima autoridad. De igual manera, si un cristiano evangélico dice: «La Biblia enseña que habrá un castigo eterno para los no creyentes, pero yo tuve un sueño en donde Dios me indicó que eso no es así», revela con su comentario que su máxima autoridad es su experiencia en vez de la Escritura.

Estos ejemplos nos muestran que nuestras creencias dependen inevitablemente de una autoridad final. En otras palabras, la pregunta que debemos hacernos no es si tenemos una autoridad final o no, sino si ella es la Escritura o no.

El fundamento bíblico

Desde la Reforma protestante, una pregunta debatida entre católicos y protestantes ha sido si las Escrituras enseñan la doctrina de *Sola Scriptura*. La respuesta es un rotundo sí. Esta enseñanza es constante a lo largo de la Escritura y quiero mostrarte algunos pasajes que lo demuestran. Para empezar, considera las palabras del salmista:

¿Cómo puede el joven guardar puro su camino?
Guardando Tu palabra.
Con todo mi corazón te he buscado;
No dejes que me desvíe de Tus mandamientos.
En mi corazón he atesorado Tu palabra,
Para no pecar contra Ti (Sal 119:9-11).

Todo el salmo 119 resalta la importancia central de las Escrituras y el salmista toma la Palabra de Dios como su máxima autoridad para vivir de una manera que agrada a Dios. A lo largo del salmo, su autor anhela conocer los estatutos del Señor y así andar en la verdad. Él considera las palabras de Dios como el estándar para entender toda la vida. «Tú estás cerca, SEÑOR, y todos tus mandamientos son verdad» (v. 151). Luego, en Isaías, vemos cómo toda palabra debe ser evaluada a la luz de la ley y el testimonio escrito de Dios:

Y cuando les digan: «Consulten a los adivinos y a los espiritistas que susurran y murmuran», digan: «¿No debe un pueblo consultar a su Dios ? ¿Acaso consultará a los muertos por los vivos?». ¡A la ley y al testimonio! Si ellos no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay para ellos amanecer (Is 8:19-20).

Esto significa que cualquier afirmación o experiencia, incluso las que parecen ser sobrenaturales, deben ser filtradas por la ley y el testimonio escrito de Dios.

Al mismo tiempo, en la Biblia también leemos cómo el mismo Señor Jesucristo afirmó la autoridad final de la Palabra. En el relato de la tentación en el desierto, Jesús refutó a Satanás tres veces de la misma forma: «escrito está», seguido de una cita del Antiguo Testamento (Mt 4:4, 7, 9). Para nuestro Señor, las Escrituras tenían autoridad para entender su realidad y para confrontar al enemigo. También tenían autoridad sobre cualquier tradición humana, un hecho que dejó en claro al exhortar a los líderes religiosos de su época (Mr 7:8). Si nuestro Señor apeló a las Escrituras como autoridad final, ¿no debemos hacer lo mismo?

El apóstol Pablo indica lo mismo sobre la autoridad final de la Escritura. En su última carta dirigida a su discípulo Timoteo, escribió:

Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden dar la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra (2 Ti 3:15-17).

La palabra traducida como «inspirada por Dios» indica el origen divino de la Escritura y, dado que Dios «no miente» (Tit 1:2), su Palabra inspirada tiene que ser verdadera y, por lo tanto, nuestra autoridad final. Juan Calvino lo expresa bien al decir que «le debemos a la Escritura la misma reverencia que le debemos a Dios; porque ha procedido solo de Él».^[9]

Este pasaje también enseña que la Escritura es suficiente para llevarnos a la salvación y equipar al creyente para la vida cristiana. La Escritura mencionada por Pablo sería el Antiguo Testamento, pero la verdad sobre la inspiración aplica también al Nuevo Testamento, ya que se considera Escritura (2 P 3:16) y contiene el evangelio de salvación que

Pablo menciona en su carta a Timoteo (2 Ti 3:15). Para entenderlo mejor, considera lo que Pablo enseña en sus cartas a los tesalonicenses:

Por esto también nosotros sin cesar damos gracias a Dios de que cuando recibieron la palabra de Dios que oyeron de nosotros, la aceptaron no como la palabra de hombres, sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, la cual también hace su obra en ustedes los que creen (1 Ts 2:13).

Así que, hermanos, estén firmes y conserven las doctrinas que les fueron enseñadas, ya de palabra, ya por carta nuestra (2 Ts 2:15).

Estos versículos enseñan que la Palabra de Dios, comunicada por los apóstoles, tiene la autoridad de Dios. Vemos que la doctrina cristiana llegó a los tesalonicenses a través de las palabras orales de los apóstoles y sus cartas. Pero ¿en dónde encontramos estas palabras hoy día? ¡En las Escrituras! (2 Ts 2:15). Ellas mismas obran para brindar convicción sobre su autoridad y podemos concluir que lo hacen mediante la obra del Espíritu Santo quien las inspiró (1 Co 2:12-14; 2 P 1:20-21). Pablo confió en la autoridad máxima de la Escritura que él producía porque sabía que era inspirada por Dios. ¿Puedes empezar a ver cómo *Sola Scriptura* se enseña a lo largo de toda la Biblia?

Respuestas a objeciones

Por supuesto, son muchas las personas que no creen en lo que *Sola Scriptura* afirma. Así que, para finalizar, evaluemos tres objeciones comunes a esta enseñanza y cómo podemos responder a ellas.

La primera de ellas afirma que «*Sola Scriptura* es un argumento circular». Algunas personas dicen que el argu-

mento de que «la Escritura es la máxima autoridad porque la Escritura lo enseña así» no tiene validez. Pero por definición, la autoridad final no puede descansar sobre otra autoridad. Como dice Bavinck: «La verdad de un principio fundamental (*principium*) no se puede probar; solo se puede reconocer».^[10] De hecho la Iglesia católica hace lo mismo al afirmar que la tradición debe tener la misma autoridad que la Escritura porque la tradición así lo estipula!^[11]

Una segunda objeción común a *Sola Scriptura* es que esta enseñanza promueve un caos de interpretaciones. «Cada loco con su tema y cada evangélico con su interpretación», podrían decir algunos. Pero esta idea desconoce la doctrina histórica de *Sola Scriptura*. Esta enseñanza no significa «tú solo, con tu Biblia»; no es una doctrina individualista. La Iglesia nació como resultado de escuchar la Palabra de Dios y las Escrituras fueron recibidas por la Iglesia de Cristo. Por lo tanto, se deben leer en comunidad.

La máxima autoridad de la Escritura no invalida otras autoridades importantes para el cristiano, como la autoridad de la iglesia local o la autoridad de las doctrinas históricas de la Iglesia, pues ambas encuentran su sustento en la Biblia. ¡Las herejías a menudo han surgido precisamente por no tomar estas autoridades en cuenta! Por supuesto, estas otras autoridades son derivadas y no absolutas. El segundo capítulo de la *Segunda Confesión Helvética* (1561), una de las primeras confesiones protestantes, representa una posición equilibrada sobre este asunto.

Por un lado, la confesión afirma que «no despreciamos las interpretaciones de los padres griegos y latinos, ni rechazamos sus disputas y tratados sobre asuntos sagrados en tanto concuerdan con las Escrituras», mientras que por

otro lado dice que «no admitimos ningún otro juez que Dios mismo, quien mediante las Santas Escrituras proclama lo que es verdad, lo que es falso, qué ha de seguirse o qué ha de evitarse».^[12]

Además, a pesar de diferencias en esquemas teológicos o interpretaciones de pasajes individuales, existe un consenso sobre las doctrinas fundamentales entre los cristianos que sostienen la enseñanza de *Sola Scriptura*. Dios es trino; el Hijo de Dios vino al mundo para salvarnos por gracia, solo por medio de la fe, solo en Él, y todo esto es solo para la gloria de Dios. ¿De dónde vienen estas enseñanzas? Salen clara y naturalmente de las Escrituras cuando las tomamos como nuestra máxima autoridad.

Para finalizar, tenemos la objeción que afirma que las Escrituras enseñan que la tradición es necesaria. Esta objeción usa varios pasajes bíblicos que hablan de la tradición como autoritativa. Por ejemplo, Pablo dice: «Ahora bien, hermanos, les mandamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que se aparten de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la doctrina [*tradición*, según varias traducciones católicas] que ustedes recibieron de nosotros» (2 Ts 3:6).

Pero esta objeción en realidad no va en contra de *Sola Scriptura* ya que, como mencionamos arriba, reconocemos la autoridad apostólica. La pregunta es: ¿en dónde encontramos esta tradición? En ninguna parte de las Escrituras vemos que la tradición apostólica oral es guardada en algún lado diferente de las Escrituras; no hay una sucesión apostólica según la Escritura. Por tanto, después de la muerte de los apóstoles, las Escrituras son la única fuente infalible e inerrante de esta tradición.

Vayamos a la Escritura

Muchas personas hoy dicen creer en lo que significa *Sola Scriptura*, pero no entienden qué significa esta enseñanza fundamental. Determinan qué creer según otras autoridades: lo que les parece, lo que experimentan o lo que otra persona dice. Otras quieren obviar dos mil años de historia de la Iglesia. Claramente, es tiempo de recuperar la doctrina de *Sola Scriptura*!

Para hacerlo, podemos someternos conscientemente a las Escrituras en cada área de nuestra vida y ministerio, podemos estudiar las confesiones históricas y leer más sobre la historia y la teología de la Reforma. ¿Por qué creemos lo que creemos? Que a la hora de responder esta pregunta, cuando se trate de las verdades más importantes en el mundo, podamos ir a la Biblia para justificar nuestra respuesta.

«¡A la ley y al testimonio!».

**SOLA FIDE:
LA JUSTIFICACIÓN ES POR
LA FE SOLA**

POR JOSÉ «PEPE» MENDOZA

No hay duda de que las palabras van mutando en su significado con el paso del tiempo y también hay otras que pasan al olvido por desuso. Por ejemplo, entre las primeras tenemos la palabra «semáforo», usada a mediados del siglo XIX para representar el «género de insectos lepidópteros de la familia de los nocturnos». No fue hasta 1970 que esta palabra cambió para referirse al «aparato eléctrico de señales luminosas para regular la circulación» (RAE).

En el segundo grupo nos encontramos, por ejemplo, con las palabras «disquete» (*diskette*) o «casete» (*cassette*), que eran de las palabras más usadas por la juventud entre mediados de los sesentas y finales de los ochentas. El primero almacenaba solo 1.44 Mb de información digital y el segundo almacenaba música hasta por noventa minutos. El avance de la tecnología hizo obsoletos a ambos objetos, por lo que las palabras desaparecieron del vocabulario general.

La palabra «fe» también ha experimentado cambios con el paso del tiempo. Todavía mantiene la idea del «conjunto de creencias de una religión» (RAE), pero ha mutado en diferentes direcciones que ahora son muy populares. Estas direcciones brindan una connotación bastante centrada en la confianza en uno mismo («tengo fe en mí») o se refieren a

cierto anhelo o buen deseo potenciado para que, de alguna manera, se cumpla una realidad («ten fe en que esto pasará»). En ambos casos, la «fe» es como una virtud o capacidad de fabricación personal sin mayor contenido.

Los cristianos contemporáneos no están exentos de cambios significativos en la palabra «fe». La «fe» cristiana también ha tomado vida propia y se ha convertido para muchos en una especie de fuerza espiritual independiente que se «activa» desde el interior de la persona y hasta tiene el poder para mover a Dios en cierta dirección.

Todas esas definiciones tan diferentes y populares hacen que me pregunte si podrías escuchar a los reformadores del siglo XVI y entender lo que ellos quieren decir cuando usan el término «fe sola». Lutero llegó a decir que *Sola Fide* «es el artículo con que la Iglesia se levanta y sin él cae».^[1] Sin embargo, su preocupación no radicó en que los cristianos sin «fe» no vivirían sin poder espiritual o no lograrían alcanzar las bendiciones divinas, la tranquilidad anímica y el desarrollo personal. En cambio, su preocupación tuvo que ver con un aspecto central y de mayor importancia, porque de esta verdad depende la relación con Dios y la diferencia entre la vida y la muerte. No era un asunto trivial.

Lutero y *Sola Fide*

Los reformadores volvieron a las Escrituras y pudieron comprender la realidad de la condenación del ser humano, su separación absoluta de Dios y su incapacidad total para lograr la salvación a través de sus propios medios, sean estos morales o religiosos. En el caso de Lutero, la conciencia que él experimentó de su propia condenación, desde antes de ser usado para iniciar la Reforma, lo llevó a sentirse profundamente desesperanzado a pesar de su esfuerzo por mantener una religiosidad y una moralidad férrea. En sus

propias palabras,

Aunque vivía como un monje irreprochable, sentía que era un pecador delante de Dios con una conciencia muy perturbada. No podía creer que mi satisfacción lo apaciguara. No amaba; sí, odiaba al Dios justo que castiga a los pecadores, y en secreto, aunque no de forma blasfema, ciertamente murmurando mucho, estaba enojado con Dios...^[2]

Lutero sabía que estaba perdido, muerto en delitos y pecados, que era un hijo de desobediencia, viviendo y satisfaciendo las pasiones de la carne; un hijo de ira como todos los demás (Ef 2:1-3). Su religiosidad intensa no le proporcionaba la paz interior que tanto buscaba para aplacar la justicia de Dios.

Lutero era un monje consagrado y un profesor universitario de teología. Su deseo de agradar a Dios era inmenso, pero no encontraba reposo para su alma. Durante una visita a Roma en 1511, fue sorprendido por la inmensa religiosidad pomposa de la época, llena de rituales y majestuosidad arquitectónica pero carente de una espiritualidad sentida. El papa Julio II gastaba una fortuna en la remodelación de la colosal basílica de San Pedro, por lo que podría ser posible que Martín percibiera la contradicción visible entre los votos de pobreza asumidos como monje y todo el lujo desplegado por la jerarquía eclesiástica.

La ligereza con que la Iglesia católica trataba el tema del perdón delante de Dios también causó un enorme conflicto en Lutero. Durante su visita a Roma fue testigo de las múltiples reliquias sagradas que eran expuestas en diferentes iglesias. En la Edad Media la iglesia adquirió una serie de objetos, entre ellos restos óseos de mártires, presuntos clavos o astillas de la cruz de Cristo y muchos otros objetos que supuestamente pertenecieron a santos, para ser expuestos en iglesias. Lutero se preguntaba si ellos eran realmente

importantes para la relación con Dios y disfrutar de su perdón. Cuando visitó los famosos escalones de Pilato, por donde Jesús supuestamente caminó en su juicio, no pudo soportar ver a los peregrinos subiendo de rodillas las escalas sin preguntarse: «¿Quién sabe si esto es realmente cierto?»

Más adelante, en sus célebres 95 tesis de 1517, Lutero reaccionó a la venta de indulgencias para la construcción de la basílica de San Pedro oponiéndose a la forma en que la Iglesia vendía el perdón divino y la liberación del purgatorio como una prerrogativa papal. Él declaró:

[50] Debe enseñarse a los cristianos que, si el papa conociera las extorsiones de los predicadores del perdón, preferiría que la iglesia de San Pedro se redujera a cenizas a que se construyera con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas...

[52] La seguridad de la salvación mediante cartas de perdón es vana, aunque el comisario, más aun, el papa mismo, se jugara su alma por ello.

[53] Son enemigos de Cristo y del papa, aquellos que en algunas iglesias piden a la Palabra de Dios que guarde silencio, para que en otras se prediquen los perdones.^[3]

Todo lo mencionado hasta ahora nos permite poner en contexto la profundidad de la exposición de las solas durante la Reforma. La fe bíblica a la que se refirió Lutero en la Reforma tenía que ver con la forma en que el ser humano podría relacionarse con un Dios tres veces santo al que era imposible agradecer por medios religiosos o morales. Lutero lo explica así en su testimonio:

Por fin, por la misericordia de Dios, meditando día y noche, presté atención al contexto de las palabras, a saber, «Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá» [Ro 1:17]. Allí comencé a comprender que *la justicia de Dios es aquello por lo cual el justo vive por un don de Dios, es decir, por la fe.*

Y este es el significado: la justicia de Dios es revelada por el evangelio, es decir, la justicia pasiva con la cual el Dios misericordioso nos justifica por la fe, como está escrito: «Mas el justo por la fe vivirá». Aquí sentí que había nacido de nuevo y que había entrado en el paraíso mismo por las puertas abiertas. Allí se me mostró una cara totalmente diferente de toda la Escritura. Entonces repasé las Escrituras de memoria. También encuentro en otros términos una analogía, como la obra de Dios; eso es lo que Dios hace en nosotros; el poder de Dios, con el que nos hace sabios; la fuerza de Dios, la salvación de Dios, la gloria de Dios.^[4]

Lo que el Espíritu Santo reveló a Lutero por su sola gracia, a través de las Escrituras, fue que la justicia de Dios es satisfecha en Cristo a través de la justificación por la fe sola. El teólogo R.C. Sproul explica la importancia de esto: «La doctrina de la justificación lidia con lo que podría ser el problema existencial más profundo que un ser humano pudiera enfrentar: *¿Cómo puede un pecador, una persona injusta, alguna vez soportar el juicio de un Dios santo y justo?*».^[5]

La respuesta está en el centro mismo del evangelio; es decir, en que «el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19:10). La confirmación gloriosa de que Cristo nos encontró y salvó es que, «habiendo sido justificados [es decir, perdonados y declarados justos ante Dios] por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien también hemos obtenido entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Ro 5:1-2).

Sola Fide resume la verdad de que la fe en Jesucristo como único y suficiente Salvador, sin necesidad de méritos u obras por nuestra parte, es el único medio por el cual somos perdonados y declarados justos por el Dios tres veces santo.

La naturaleza de la fe

Hay un punto importante que debemos aclarar para ubicar a la fe en su lugar correcto dentro del plan de Dios. Cuando hablamos de la «fe sola», no nos referimos a ella como un fin en sí misma para nuestra salvación. El teólogo A. W. Pink lo explica así: «La fe no es la base ni la sustancia de nuestra justificación, sino simplemente la mano que recibe el don divino que se nos ofrece en el evangelio».^[6] Ejemplificar la fe como una «mano receptora» nos permite reconocer que no tenemos «fe en la fe», ya que ella no posee mérito alguno por sí misma, sino que esa «mano» debe ser llenada del conocimiento de la revelación ofrecida por la Palabra de Dios. Usando la misma ilustración de la mano, Charles Spurgeon dice: «La fe es la mano que agarra. Cuando nuestra mano agarra algo, hace precisamente lo que hace la fe cuando se apropia de Cristo y las bendiciones de su redención».^[7]

Lo que la Biblia dice claramente sobre la fe es que no se trata de algo que nosotros podamos producir o sacar de nuestro interior. En cambio, es un «don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef 2:8-9). Tampoco somos propietarios de nuestra fe porque en realidad «Jesús [es] el autor y consumidor de la fe» (He 12:2). Todos los grandes testigos santos de la antigüedad, mencionados en la Biblia en la carta a los Hebreos, son un testimonio poderoso de una fe provista por Dios que los llevó a vivir vidas dignas de imitarse, mientras esperaban por esa misma fe a la gran promesa de redención en Jesucristo (cap. 11). El llamado a poner los ojos en Jesús es reconocer que nuestra fe depende en Él de principio a fin porque Jesucristo es «el autor de la salvación» (He 2:10).

En otro pasaje de la Escritura, el apóstol Pablo presenta una verdad sorprendente: «Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo» (Ro 10:13; ver Joel 2:32). Es increíble leer a Pablo afirmar que no habrá distinción de personas porque el Señor abunda en riquezas para todos los que le invocan. Sin embargo, luego hace unas preguntas que nos devuelven a nuestra realidad humana caída y apartada de Dios: «¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo creerán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?» (Ro 10:14-15a). Los seres humanos no pueden invocar al Señor y alcanzar la salvación por sí mismos, sin la ayuda sobrenatural de Dios.

Debido a que la fe se presenta como un regalo absoluto de Dios, y cuyo autor y consumidor es Jesucristo, entonces el propósito de la fe o su contenido queda restringido al objetivo de Dios y su plan perfecto de redención. Por lo tanto, Pablo concluye diciéndonos: «Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo» (Ro 10:17). La fe efectiva debe contener la verdad del evangelio y estar nutrida de la revelación provista por un Dios fiel y veraz que no permitirá que ninguna de sus palabras caiga a tierra. Sproul lo explica así:

La fe tiene un objeto. No está vacía ni se trata de una fe en nada. El cristianismo rechaza la frase, «no importa en lo que creas si es que eres sincero». Aunque la sinceridad es una virtud, es posible que uno esté sinceramente equivocado y ponga la fe en algo o alguien que no puede salvar... Cierta información debe ser conocida, entendida y creída con el fin de tener una fe salvífica.^[8]

***Sola Fide* y nuestra espiritualidad**

La enseñanza sobre la justificación por la «fe sola» es uno de

los grandes aportes de la Reforma para la recuperación de una espiritualidad bíblica y vital con un fundamento firme. Nos aleja de una espiritualidad religiosa vacía basada en nuestros méritos y nos da cuenta de nuestra necesidad absoluta de Dios para nuestra salvación.

Es por eso que la justificación por la fe es uno de los pilares fundamentales de la teología reformada, que viene a ser la base de la seguridad de la salvación y la relación con Dios en Jesucristo, nuestro Salvador. Pink resume el lugar de la fe cuando dice que ella «no es un constructor, sino un espectador; no un agente, sino un instrumento; no tiene nada que hacer, sino todo para creer; nada para dar, pero todo para recibir».^[9] Una fe desconectada de la Palabra de Dios es como un vaso sin agua. Nunca calmará la sed.

Al mismo tiempo, una persona justificada por la fe en Cristo es una persona que ha sido transformada por el poder del evangelio. Estamos hablando de un creyente que ha nacido de nuevo y es habitado por el Espíritu Santo, cuya fe se hace presente porque tiene paz con Dios y entendimiento de su Palabra. Así somos nuevas criaturas, en donde Cristo es el camino, la verdad y la vida, y por Él tenemos la única entrada a la presencia de Dios (2 Co 5:17; Jn 14:6; Ef 3:12). Spurgeon nos clarifica aún más esta idea:

Dios elige la fe como canal de salvación porque es un método seguro que une al hombre con Dios. Cuando el hombre confía en Dios, hay un punto de unión entre ellos, y esa unión garantiza la bendición. La fe nos salva porque nos hace aferrarnos a Dios y, por lo tanto, nos conecta con Él.^[10]

La fe en Cristo que el Señor nos concede nos es contada por justicia porque hemos sido revestidos con la justicia de Cristo, y nuestra esperanza es que vivamos esa fe victoriosa durante toda nuestra vida terrenal hasta que llegemos a la

resurrección final. Compartimos la esperanza de Pablo porque todo creyente desea «ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, y conocerlo a Él, el poder de Su resurrección y la participación de sus padecimientos, llegando a ser como Él en Su muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Fil 3:9-11).

**SOLA GRATIA:
LA SALVACIÓN ES POR
GRACIA SOLA**

POR LEONARDO MEYER

Nunca olvidaré ese domingo de abril del año 1999. No por la expectativa del temido *Y2K* o porque en el siguiente año se estrenaba un nuevo siglo, sino por la trascendencia de lo que ocurrió en mi vida.

En mi adolescencia estaba sumergido en una combinación de desastre emocional e insatisfacción existencial. A pesar de que había sido criado con temor al Señor, mis anhelos y sentimientos más profundos no tenían nada que ver con Dios. Sin embargo, mi corazón fue transformado de repente cuando escuché el evangelio y creí en Jesús como mi Señor y Salvador. Lo que sucedió fue que experimenté la salvación de Dios. Me causó una profunda impresión el darme cuenta de que iba rumbo al infierno, pero me maravillé al ver la mano de Dios rescatándome y convirtiéndome en un heredero del cielo junto a su Hijo por toda la eternidad.

Esta experiencia de conversión no es otra cosa que la experiencia de la gracia de Dios que prueba todo aquel que ha nacido de nuevo. Es como pasar de forma súbita de la pobreza extrema a un estado de riqueza incalculable con trascendencia eterna.

¿A qué se debe esta salvación tan asombrosa? La Biblia tiene

sus paréntesis interesantes y uno de ellos nos ayuda a responder esta pregunta. Se encuentra en la carta de Pablo a los efesios: «aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados)» (2:5). ¿Puedes ver de qué se trata? El apóstol Pablo está explicando la decisión gloriosa de Dios de darnos vida espiritual, indicando que todo esto es por «gracia».

Dios es el autor de la salvación, un acto que abarca varias realidades: predestinación, regeneración, justificación, adopción, santificación y glorificación. Es un evento pasado que se desarrolla en el presente y tiene una parte que se ejecutará en el futuro. Todo esto no se debe a nuestros méritos, sino únicamente a la gracia de Dios.

Definiendo la gracia

La gracia de Dios se ha definido con frecuencia como un favor que se recibe pero que no se merece. No es el resultado de algún trabajo realizado, sino que es un favor realizado por el que entrega el obsequio. Piensa, por ejemplo, en un regalo que recibes pero por el cual no trabajaste o que no buscaste. Hace poco, unos amigos nos regalaron una tostadora. Cuando les agradecemos el gesto y preguntamos por qué lo hicieron, la respuesta de ellos fue concisa: «Porque quisimos». No fue porque lo pedimos o porque seamos buenas personas. Su regalo fue movido por gracia y eso nos llenó de gratitud hacia ellos.

La gracia de Dios es infinitamente mayor, pues merecemos todo lo opuesto a lo que Él nos entrega. ¡Ciertamente no una tostadora! Merecemos condenación pero recibimos salvación. Ese es el mensaje de *Sola Gratia* y la respuesta a este favor en el cristiano es un sometimiento incondicional a

la Palabra de Dios. Ya no vive para revolcarse esclavizado en el pecado, sino solo para la gloria de Dios en gratitud.

Hubo una época en la que esta verdad había quedado en el olvido, hasta que la Reforma protestante irrumpió para recuperarla y proclamarla. La batalla de los reformadores en el siglo XVI fue contra la élite de la Iglesia católica y la corrupción que emanaba de su sistema que distorsionaba el evangelio. Al día de hoy, todavía promueven que los méritos de los creyentes contribuyen en su salvación.

Los protestantes rechazaron esa enseñanza porque es contraria a las Escrituras y afirmaron que la Biblia enseña que la salvación es por gracia sola, sin que ella tenga que estar acompañada de méritos que fueran suficientes para alcanzarla por nosotros mismos. Como dijo Juan Calvino: «Los más santos entre nosotros saben que se mantienen firmes por la gracia de Dios y no por sus propias virtudes».^[1] A medida que hombres y mujeres se apegaban a la Escritura, Dios los guió en la Reforma hacia un entendimiento más bíblico del evangelio y la necesidad de volver a colocar a Dios en el centro de todo y al ser humano en el lugar secundario y digno que le corresponde.

Desafortunadamente, en nuestros días escuchamos de falsos evangelios que demandan esfuerzo y buenas obras para ganar acceso al cielo. El evangelio de la prosperidad es uno de ellos, porque afirma que las personas son llamadas a dar dinero a cambio de recibir milagros y experimentar el favor de Dios. Pero no debemos dejarnos engañar por falsedades como estas. ¡Vayamos a la Escritura!

A continuación veremos con más detalle qué dice la Biblia sobre nuestra necesidad de gracia para ser salvos, cuál fue el

costo de esa gracia y cuál es nuestro futuro como creyentes en esta gracia.

La necesidad de la gracia

En el primer capítulo de su carta a los creyentes en la ciudad de Éfeso, Pablo enseña sobre los beneficios espirituales que poseen todos los cristianos y que constituyen parte de su identidad (Ef 1:3-14). Él agrega que el Padre nos da esas bendiciones y ha hecho a Jesucristo cabeza de la Iglesia, quien tiene la preeminencia y autoridad sobre su pueblo unido a Él producto de su obra salvífica (vv. 15-23).

El apóstol quiere que los cristianos conozcan la razón para el recibimiento de los beneficios que les ha detallado. Entonces avanza en su argumento y proclama: ¡Somos salvos por gracia! «Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef 2:8-9). Muchos creyentes conocemos bien ese pasaje, pero para llegar a esta declaración, Pablo habla antes de la evidencia de la necesidad de la gracia. Les recuerda a sus lectores que ellos estaban «muertos en sus delitos y pecados», espiritualmente sin vida (Ef 2:1).

Una persona muerta no tiene ningún tipo de reacción, como bien sabemos. Debido a que ya partió de este mundo, su espíritu le ha dejado y lo que queda se convertirá en polvo que permanecerá en la tierra hasta el momento de la resurrección (Jn 5:25-29). De igual forma, la mortandad espiritual de los cristianos efesios, antes de que fuesen creyentes, se evidenciaba porque ellos no podían reaccionar ante Dios; al menos no de manera correcta. Ellos tenían una conducta según la corriente de este mundo, conforme a Satanás. Vivían en las pasiones de su carne. Estaban

destinados al infierno porque habían merecido la ira de Dios sobre ellos (Ef. 2:2-3).

Lamentablemente, el estado espiritual previo de los lectores originales de esta carta no es una característica exclusiva de ellos. Todo el que está sin Cristo está muerto espiritualmente. El origen de esta realidad oscura la hallamos en el Edén, con el pecado de Adán y Eva (Ro 5:12). Desde entonces, ningún hombre o mujer, vivo o muerto, tiene ni puede tener por sí mismo cualquier tipo de relación o respuesta buena hacia Dios. Las emociones y deseos del alma no pueden tornarse hacia el Señor solamente por la voluntad de un individuo porque ¡estamos muertos! No es que simplemente sea difícil buscar o aceptar a Dios, sino que es imposible debido a nuestra muerte espiritual.

Sin Cristo, el corazón está atado por el lazo del diablo (2 Ti 2:26). El ser humano no es en esencia bueno a nivel moral, como el humanismo sostiene. Al contrario, es inherentemente pecaminoso por naturaleza a causa de la caída y todo lo que es y hace está manchado por el pecado (Ro 3:10-18). «Como está escrito: No hay justo, ni aun uno» (v. 10). Además, la raza humana decidió esconder y obstruir la verdad de Dios y la moral resultante. El resultado es catastrófico: un mundo que llama malo a lo bueno y bueno a lo malo (1:18-32). Por lo tanto, todos necesitamos la gracia de Dios.

Sin embargo, como ya leímos, Pablo añade: «Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes» (Ef 2:8). ¡El favor de Dios es lo que marca la diferencia! Por eso nos preguntamos: «¿En la salvación todo lo hace Dios? ¿Qué hay de mi voluntad? ¿No soy yo quien decide seguir a Cristo o no?».

Algunos consideran que el factor determinante en la salvación es la voluntad humana y no la gracia divina. Sin

Sin embargo, el árbitro final en el tema de la salvación debe ser la propia Escritura y ella enseña lo opuesto. Aunque el ser humano es responsable de creer el evangelio, el milagro del nuevo nacimiento es realizado soberanamente por el Espíritu, en el tiempo de Dios y conforme a Su voluntad, cuando alguien ha sido expuesto en el evangelio (Jn 3:3-8). Dios obra en el corazón del pecador, regenerándolo, lo cual lo habilita para expresar con su boca que Jesús es el Señor (Ro 10:9). Es debido a esa obra que el pecador, ahora arrepentido, puede tomar una decisión consciente y se entrega a Cristo al verlo tan glorioso, lleno de amor y digno de adoración (Jn 6:65; 2 Co 4:3-6; cp. 1 Co 1:22-24).

Somos salvos por gracia, no producto del «libre albedrío» humano. Algunos pueden sentirse rígidos o fruncir el ceño con esta última afirmación. Puedo entender la resistencia porque pasé por esa misma experiencia. Uno siempre busca algún mérito en uno mismo, pero al entender los pasajes de la Palabra que hablan de la gracia soberana de Dios en la salvación, no nos queda más remedio que rendirnos en gratitud ante la revelación divina. Ella nos dice que no merecíamos nada, que nada podríamos alcanzar por nuestros medios, que ni siquiera teníamos la disposición y menos la capacidad de buscar a Dios. Todo ha sido por su gracia sola. Esta verdad nos debe conducir a una adoración humilde a Dios.

Cuando un ciego ve por primera vez gracias a un milagro hecho por Dios, es imposible que retenga sus emociones y no declare lo maravilloso de su nueva experiencia mientras adora y exalta al Señor. Lo mismo sucede con el pecador que es alcanzado por Dios para salvación. La gracia embarga el alma del creyente con un sentido de reverencia e indignidad santa que resulta en una actitud de rendición y sumisión a su Palabra. Somos la evidencia concreta del favor de Dios.

Adoración y gratitud son el resultado de haber experimentado su gracia poderosa. Sin embargo, no debemos ignorar esto: la gracia de Dios tiene un costo.

El costo de la gracia

Algunos cristianos limitan la gracia a una simple emoción divina. Eso no debe sorprendernos, pues vivimos en una generación caracterizada por el emocionalismo. Se tiene la idea de que la gracia es un sentimiento de bondad que Dios posee y por el cual se ve obligado a compartir con sus criaturas. Pero esa forma de pensar conduce al abuso de la gracia porque nos lleva a menospreciar el costo de nuestra redención, un costo que nos mueve a vivir en santidad y entrega a Dios (Lc 7:36-48; 1 P 1:13-21).

Es importante destacar que la gracia no es un regalo adquirido a bajo precio en algún establecimiento comercial celestial en época de liquidación o viernes negro. La palabra «gracia» siempre debe llevarnos a pensar que implica algo que recibimos sin merecerlo, pero por el cual hubo un precio previamente pagado. Por definición, la gracia de Dios hacia los pecadores presupone una tragedia de trascendencia cósmica producto de que el Hijo de Dios asumió el costo de la reconciliación.

Piensa en lo que dice Pablo cuando afirma que el Padre «nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados)» (Ef 2:5). No es posible despegar o divorciar la gracia de la persona misma de Cristo, debido a que es precisamente por medio de su sacrificio que obtenemos la salvación. El profeta Isaías testificó del sufrimiento de Cristo, diciendo:

Fue despreciado y desechado de los hombres,
Varón de dolores y experimentado en aflicción;
Y como uno de quien los hombres esconden el rostro,
Fue despreciado, y no lo estimamos.
Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades,
Y cargó con nuestros dolores.
Con todo, nosotros lo tuvimos por azotado,
Por herido de Dios y afligido (Is 53:3-4).

El pecado provocó un problema cósmico que rompió nuestra relación con Dios. Sin embargo, en vez de ignorarlo o simplemente destruir la raza humana, Dios lo enfrentó para solucionarlo. Isaías describe magistralmente lo que Cristo padeció por su pueblo. Por lo tanto, no se trató solo de una reacción emocional visible de la divinidad. La gracia no tiene costo para nosotros, pero tuvo un precio altísimo para Dios.

Esta verdad nos llena de asombro y nos empuja a vivir para Dios. Si Cristo sufrió hasta derramar su sangre en la cruz, ¿no deberíamos caminar en santidad en gratitud a su amor? ¿No deberíamos también estar dispuestos a darlo todo por causa de su reino? No importa el área en que te desenvuelvas, como cristiano se espera que puedas esforzarte por llevar gloria a su nombre mediante la realización de un trabajo digno y con excelencia. Estas son solo algunas de las muchas implicaciones de la verdad del costo de la gracia.

El futuro en la gracia

Por último, sabemos que la salvación tiene un alcance eterno. La Biblia muestra que la gracia tiene alcance en el pasado, presente y futuro. Entonces, ¿cómo se ve el futuro en la gracia? ¿Qué es lo que nos aguarda?

De acuerdo con lo que Pablo le escribió a Tito, la transformación de vida que experimenta el cristiano va de la

mano con su expectativa en el inminente retorno de Cristo. Pablo dice que la gracia de Dios se ha manifestado y nos enseña a vivir de forma piadosa, pero a la vez hace que el cristiano esté «aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Cristo Jesús» (Tit 2:13). Esperar con ansias el regreso de Cristo es la forma en que la gracia entrena a los cristianos para rechazar la vida pecaminosa y vivir en piedad.

La gracia nos anima a clamar que Cristo regrese. Nos exhorta a vivir en función de la eternidad porque nuestra mirada está orientada hacia el trono de Cristo y su gobierno en su segunda venida. Esa es la esperanza de todo cristiano, porque en ese día el sufrimiento se acabará y seremos completamente libres de la presencia de pecado en nuestras vidas. La gracia de Dios terminará lo que empezó en nosotros y por fin seremos tan puros y santos como Jesús (1 Jn 3:2; Ro 8:29-30).

¡Qué grandioso es saber que esa gracia nos permitirá disfrutar del gozo de conocer a Cristo al verlo en persona! (Ap 22:3-4). Cuando llegue ese día, no habrá más llanto ni clamor ni dolor. Cristo será nuestra luz y estaremos con Él por siempre (21:4, 23-24). Por lo tanto, ante las tragedias y desaciertos que vivimos hoy, podemos descansar en la promesa de Su regreso y nuestra glorificación, y encontrar aliento y esperanza en medio del caos. El Dios que mostró Su gracia al rescatarnos es el Dios que promete seguir mostrándola por la eternidad.

SOLA CHRISTUS:
SOLO CRISTO ES
NUESTRO SALVADOR

POR JOSUÉ ORTÍZ

Mi esposa y yo tenemos tres hijos que aman la época navideña y todos los años ocurre lo mismo: «¡Queremos abrir los regalos!», exclaman con emoción tan pronto los ven bajo el árbol de Navidad. A ellos les encanta la comida, el tiempo familiar y las tradiciones anuales que hemos construido a lo largo de los años. Pero junto con su emoción, viene también una oportunidad preciosa para instruirlos en los caminos del Señor.

Nuestra labor es recordarles el significado detrás de los regalos navideños. Queremos que entiendan, aprecien y agradezcan a Dios por el obsequio de su Hijo a la tierra. Si no tenemos cuidado, nuestros hijos podrían crecer creyendo, *incorrectamente*, que la Navidad es solo reuniones, vacaciones y tradiciones. ¿De qué trata la navidad? En esencia, de Jesús.

Tal vez antes de leer este recurso habías oído sobre la Reforma o los reformadores. Pero ¿de qué trató la Reforma? En esencia, ¡de Jesús! Sin minimizar las demás *solas*, *Solus Christus* sirve como punto de unión para las demás verdades teológicas. Como explica el teólogo Michael Reeves: «El centro, la piedra angular, la joya de la corona del cristianismo, no es una idea, un sistema o una cosa... es Jesucristo».^[1]

La enseñanza de *Solus Christus* argumenta que la salvación se alcanza solo a través de Cristo y gracias a su obra en la cruz. En contraste, la teología católica romana sostiene que la salvación se obtiene a través de Cristo, pero con adición de los sacramentos y las tradiciones litúrgicas, y que en el proceso hay otros mediadores ante Dios, como si Cristo y su obra no fuesen suficientes para nuestra salvación.

Solus Christus, entonces, no solo sostiene que Cristo salva, sino además que es *exclusivamente* por la persona y la obra de Jesús que cualquier persona puede ser salva.

Lutero y *Solus Christus*

Cuando Lutero publicó sus famosas noventa y cinco tesis que dieron pie a la Reforma en octubre de 1517, apenas comenzaba a entender el poder de la cruz de Jesús. Un año más tarde, él escribió veintiocho tesis más que traerían claridad sobre su entendimiento de la obra del Señor: sus tesis teológicas de la disputa de Heidelberg.

Estas tesis son consideradas por muchos teólogos como el pináculo de la teología de Lutero sobre Jesús y la cruz. Alister McGrath, un teólogo Irlandés, afirma que esas tesis forman una «de las maneras más poderosas y radicales de entender la naturaleza de la teología cristiana que la Iglesia jamás haya visto».^[2] Lutero enseñó «*crux sola est nostra theologia*»; es decir, que «la cruz sola es nuestra teología» (cp. 1 Co 1:23). Así Lutero comenzó a formular y explicar la base teológica de *Solus Christus* y su entendimiento de la cruz. Por ejemplo, en la tesis número veinte, expresa que alguien merece ser llamado teólogo cuando «entiende las cosas visibles e inferiores de Dios, considerándolas a la luz de la pasión y de la cruz».^[3]

Según el reformador, la obra de Cristo no solo abre la puerta para la salvación de la humanidad, sino que también explica quién es Dios y cuál es su plan de redención en Cristo a través de su sufrimiento. Solo su obra redentora da vida a una humanidad muerta en sus pecados (Ef 2:1). De continuar viviendo sin Dios, incluso mientras confía en sacramentos, otros mediadores ante Dios y obras humanas, un día despertará frente al veredicto de «culpable» anunciado por el Juez del mundo.

Esto fue demasiado para su época. La Iglesia católica persiguió a Lutero y logró que fuese llevado a juicio, solo para exigirle que se retractara de sus escritos y posiciones teológicas. Pero la llama de la verdad ya había sido encendida. Otros reformadores fueron influenciados por esta enseñanza bíblica y continuaron desarrollando y, en muchos sentidos, expandiendo por el mundo la teología de la cruz hasta acuñar el término *Solus Christus*.

La centralidad de *Solus Christus*

El Templo Mayor es una de las atracciones que no te puedes perder cuando visitas la Ciudad de México. Estas ruinas arqueológicas son famosas por el bagaje cultural e histórico que traen consigo. No puedes aprender sobre la historia de México sin leer acerca del Templo Mayor y la ciudad que lo rodeaba.

Mientras la Reforma comenzó a tomar fuerza en Europa, el Templo Mayor fue destruido hasta sus cimientos. En 1521, la ciudad de Tenochtitlán cayó a manos de los españoles y el centro religioso fue destruido. Sobre los restos de la ciudad se construyó la Nueva España. Hoy el centro histórico de México está construido sobre lo que fue la sede del Imperio

mexica. No fue sino hasta 1978 que se encontraron vestigios del Templo Mayor. Las excavaciones demostraron lo que muchos sospechaban: la capital mexicana descansa sobre lo que fue la capital de Tenochtitlán. ¡Esto arroja mucha luz sobre la historia de la Ciudad de México!

En un sentido similar, *Solus Christus* arroja luz sobre el por qué de toda la Biblia. Es el cimiento sobre el cual las demás solas descansan y se erigen a lo largo de la Escritura. Esto no significa que *Solus Christus* sea más importante que el resto de las solas, pero cuando leemos la Palabra de Dios es inevitable reconocer que Jesús da unidad y coherencia al resto de las solas. ¿A qué me refiero con esto? Permíteme explicarlo a continuación.

- *Sola Fide* explica que la salvación es por la fe sola y el objeto de esa fe es precisamente el Señor Jesús (Ro 10:9). La fe es salvadora solo cuando está puesta por completo en Jesús, «el autor y consumidor de la fe» (Heb 12:2).
- *Sola Gratia* explica que es a través de la gracia sola de Dios que podemos ser salvos, y Jesús es en quien hallamos la personificación de esta gracia y la recibimos (Tit 2:11).
- *Sola Scriptura* explica que la Biblia es es la mayor autoridad para el ser humano pues ella es la Palabra de Dios. Esta Escritura es la revelación de quién es Dios en Jesús y cuál es su plan de redención a través del reino de Jesús. De inicio a fin, el reino de Dios en Jesús es central en las Escrituras (Lc 24:27; 2 Ti 3:15; Ap 5:10).
- Por último, *Soli Deo Gloria* explica que todo lo que Dios hace es principalmente para su gloria, una gloria que vemos revelada plenamente en Cristo: «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1:14; cp. 14:9).

El Rey que nos redimió

¿Sabías que la familia real del Reino Unido es la casa real más famosa sobre la faz del planeta? Aun cuando hay otras familias reales en el mundo, la Casa de los Windsor es la que disfruta de más relevancia popular. Por ejemplo, la boda del príncipe Carlos con Diana, en 1984, fue vista por más de 750 millones de espectadores alrededor del mundo en una época en la que no existían las redes sociales.^[4] Compara esa audiencia con las 517 millones de personas que vieron la final de la Copa del Mundo de Rusia 2018, o los 150 millones que vieron el Súper Tazón en 2020, y verás cómo la boda tuvo una victoria arrolladora.^[5]

La familia liderada por la reina Isabel II es una fuente de curiosidad, conversación y drama. Considerando que la familia traza sus orígenes a inicios del siglo XX, podríamos concluir que, aunque es una familia de antaño, permanece relevante para el mundo contemporáneo.

En un sentido similar, aunque *Solus Christus* es un tema doctrinal y teológico, este no es un asunto solo para los teólogos de antaño, sino que afecta cada fibra del cristianismo actual y es relevante para nuestras vidas como cristianos. Jesús es el rey eterno del universo, infinitamente superior y más importante que cualquier familia real en este mundo (Mt 28:18; 1 Ti 6:15; Jd 25; Ap 1:5).

En la providencia de Dios, Lutero fue responsable de iniciar un movimiento que trajo al mundo occidental un despertar teológico y espiritual que no se había visto en siglos. Pero ni Lutero, Calvino o Knox, entre otros reformadores, estaban inventando verdades teológicas, sino más bien regresando a ellas. *Solus Christus* no es simplemente una doctrina reformada; es una verdad cristiana. La preeminencia del Rey Jesús es clara en las Escrituras. Pablo lo dijo así:

Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen (Col 1:16-17).

Es más, Pablo asegura que la voluntad de Dios Padre es «reunir todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra» (Ef 1:10). La teología de Pablo está en Cristo. Hablando acerca de cómo Él nos hace parte de la familia de Dios, Pablo afirma que «No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús» (Gá 3:28).

El reinado de Jesús produce una disyuntiva en la vida de todas las personas: someterse a Él o rechazarlo. Es solo a través de Jesús que podemos llegar al Padre (Jn 3:16; 14:6). Solo en Él tenemos resurrección y vida eterna (Jn 11:25). Cuando su reino sea consumado pronto en este mundo, en la Nueva Jerusalén, reinaremos para siempre junto a Él gracias a su obra salvadora (Ap 5:10). Así que cualquier persona que rechaza a Jesús, rechaza la vida y abraza la muerte. «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos» (Hch 4:12).

La revelación de Cristo da sentido a toda la Escritura. En la armonía de la Trinidad, Dios Hijo es el punto de reunión entre Dios y los hombres (1 Ti 2:5). Solo Él es nuestro Rey, Juez y Profeta (Mt 28:18; Jn 5:22; Heb 1:2). Cuando llegó a la tierra, llegó la personificación de todos los elementos necesarios para la instalación del reino de Dios en la tierra: Jesús es el verdadero y superior Israel (Mt 2:13); el verdadero y superior siervo de Dios (Is 53); el verdadero y superior templo (Jn 2:19; 1 Tim 2:5); el verdadero y superior sacerdote (Heb 4:15); el verdadero y superior sacrificio

(Jn 1:29); el cumpliendo de la Ley (Mt 5:17) y la verdadera sabiduría de Dios (1 Co 1:30). Él no solo puso sobre sus hombros nuestros pecados, sino que también puso sobre los nuestros la justicia que se nos imputa por la fe sola (Ro 5:18-19).

Jesús es aquél de quien Dios habló en el Edén, el que destruye a la serpiente (Gn 3:15). Adán, Noé, Abraham, Moisés, Josué, Jacob, David, Esdras y Nehemías, entre otros, eran solo sombras de alguien infinitamente mejor que ellos. Ellos fueron libertadores, pero no el Libertador. Algunos fueron reyes, pero no el Rey. Ellos fueron profetas, pero no el Profeta. Ellos fueron ejemplos de la ley de Dios, pero no fueron el cumplimiento de la Ley. Solo Jesús es todas estas cosas desde la eternidad y hasta la eternidad. ¡No necesitamos más!

Centrados en Jesús

Es por todo lo dicho hasta ahora que nuestra sumisión a Jesús no nace de un sentimiento de tristeza por ver lo tanto que sufrió en la cruz. Nuestro entendimiento de Él va más allá de su muerte, aunque sus padecimientos no son poca cosa (Col 1:24). Él no es un mártir derrotado, sino un Rey vencedor. Por lo tanto, nos sometemos a Jesús porque, a través del Espíritu Santo, nuestros ojos están abiertos para ver más allá de su sufrimiento y observar el cumplimiento de las Escrituras en Él.

Así que *Solus Christus* es una verdad con implicaciones para nuestra vida diaria, capaz de darnos esperanza incluso en los momentos más difíciles. Que Jesús sea el centro al que toda la Biblia apunta es profundamente gratificante para nuestra alma sedienta. Una madre devastada por la pérdida de su bebé, o un padre en desánimo por haber perdido su empleo,

o una esposa lastimada por infidelidad, o un adolescente afectado por el divorcio de sus padres, todos ellos pueden encontrar fortaleza en Jesús y solo en Él.

Jesús dijo: «Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar» (Mt 11:28). Él es nuestra máxima esperanza, nuestro buen pastor y nuestro mejor amigo (Ti 2:13; Jn 10:11, 15:15). Al ver que toda la Biblia nos apunta al reino de Dios en Jesús y atesorar esta realidad, podemos hallar descanso en Él. Nuestro dolor no es eterno, pero nuestro Rey sí.

Ahora por la fe estamos unidos a Él y podemos decir junto a Pablo: «Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí» (Gá 2:20). Por lo tanto, nuestra identidad está en Él y somos llamados a darle toda la gloria en nuestras vidas. Es por todo esto que, al preguntarnos de qué trata la vida cristiana, podemos gozarnos de poder dar la misma respuesta que daríamos sobre la Navidad, la Reforma y en última instancia sobre todas las cosas: en esencia, se trata de Jesús.

**SOLI DEO GLORIA:
SOLO A DIOS SEA
LA GLORIA**

POR JOSUÉ BARRIOS

¿Cuál es el fin principal de la existencia del hombre?
El fin principal de la existencia del hombre es glorificar a Dios, y gozar de Él para siempre.^[1]

Esta es la primera pregunta y respuesta del Catecismo Menor de Westminster, uno de los grandes resúmenes de la fe reformada. Sintetiza cuál es el propósito de nuestras vidas: que glorifiquemos a Dios y nos deleitemos en Él (1 Co 10:31; Sal 37:4).

Hay otra pregunta y respuesta crucial que toda persona debe conocer, muy relacionada con la que acabo de citar. Es una pregunta que el catecismo no presenta ni responde. Sin embargo, impregna toda la teología de la Reforma protestante y el mensaje completo de la Biblia: *¿Cuál es el fin principal de Dios?*

Dicho de otra manera, ¿qué es lo que Dios busca en cada acción que realiza y permite, y en cada Palabra que ha salido de su boca? ¿Cuál es el fin de todas las cosas?

La respuesta bíblica y que exploraremos en este capítulo es que el fin principal de Dios es su propia gloria y esto es en lo que Él se deleita. De eso se trata *Soli Deo Gloria*. Todo lo que Dios orquesta, realiza y habla busca esta meta: que su

nombre sea glorificado.

El apóstol Pablo habla de esto en el libro de Romanos. Los primeros once capítulos de la carta son la exposición teológica más profunda y amplia en la Biblia sobre la gran historia de la creación y redención. La cantidad de temas que Pablo aborda es abrumadora porque abarca desde la forma en que la creación testifica del poder y la gloria de Dios, hasta el papel de la ley en la vida del creyente, la justificación por la fe sola y el rol de Jesús como nuestro segundo y mejor Adán. También habla del obrar del Espíritu Santo en los redimidos, la soberanía generosa de Dios en la elección de pecadores para salvación y el plan de Dios para Israel y las naciones del mundo, entre otros asuntos teológicos y doctrinales llenos de implicaciones prácticas para nosotros.

Así concluye Pablo esta exposición teológica:

¡Oh, profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios e inescrutables Sus caminos! Pues, ¿QUIÉN HA CONOCIDO LA MENTE DEL SEÑOR? ¿O QUIÉN LLEGÓ A SER SU CONSEJERO? ¿O QUIÉN LE HA DADO A ÉL PRIMERO PARA QUE SE LE TENGA QUE RECOMPENSAR? Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria para siempre. Amén (Ro 11:33-36).

Pablo no puede evitar estallar en alabanzas a Dios y atribuirle toda la gloria a Él, reconociendo que todo existe por Él y para Él. Nosotros deberíamos responder de la misma manera al considerar quién es Dios y qué ha hecho y revelado en la historia para su gloria.

Infinitamente glorioso

Empecemos definiendo los términos. En la Biblia y en la teología reformada se habla de dos aspectos de la gloria de

Dios: su gloria *intrínseca* y su gloria *adscrita*.^[2] Ambos aspectos deben estar en nuestra mente al abordar el tema.

La gloria intrínseca de Dios es el peso de todo lo que Dios es (la palabra hebrea para «gloria», *kabod*, tiene este significado en la Biblia). También es la belleza, exhibición y resplandor de su carácter y perfecciones (Éx 34:6-8). Por eso los serafines de la visión de Isaías cantan sin cesar: «Santo, Santo, Santo es el SEÑOR de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria» (Is 6:3), pues la creación testifica de la gloria de Dios. Cuando hablamos de esta gloria, estamos pisando «terreno santo» en la teología. No podemos pretender definirla por completo, pues eso es imposible. Esta gloria es infinita y abarca todo lo que Él es.

Piensa por un momento en lo más hermoso, justo, verdadero, gozoso, bueno, bondadoso, perfecto, íntegro, grande, sabio y poderoso que puedas imaginar. ¿Pudiste concebir algo que cumpla con *todas* esas características en el mayor grado posible en que puedas concebirlas? Lo dudo mucho, pero si lo lograste, entonces es «fácil» entender la gloria de Dios: es como la multiplicación al infinito de cada una de esas cualidades en aquello que imaginaste y todo otro atributo bueno que pueda existir eternamente en Él.

La gloria intrínseca de Dios es la fuente de la cual proceden todas esas cualidades buenas en sí mismas que hemos mencionado (y muchas otras). ¿La belleza de un atardecer en la playa? Procede en última instancia de la gloria de Dios y debe moverte a reconocerla en gratitud y alabanza a Él (cp. Ro 1:18-23). ¿La sonrisa de tu hijo a quién amas? ¿La justicia de una persona que se conduce en integridad? ¿El sabor delicioso de un helado de chocolate? Todo tiene en última instancia la misma fuente y propósito.

Al mismo tiempo, la gloria adscrita de Dios es el renombre que Él obtiene y recibe de su creación cuando Él despliega sus atributos revelándose a sí mismo a través de su Palabra y sus obras. La palabra griega para gloria, *doxa*, tiene esta connotación (de donde viene la palabra doxología, que nos habla de dar gloria). En este sentido, Él es glorificado por nosotros cuando le adoramos y reconocemos su majestad. Glorificar a Dios, es decir, atribuirle gloria y honor, no significa que lo estamos haciendo más glorioso —pues es imposible añadir algo a su gloria intrínseca—, sino que estamos reconociendo el despliegue de su gloria y adorándole por quién es Él.

En el corazón de la Reforma

Por la gracia de Dios, los reformadores del siglo XVI dieron en el blanco al reconocer que Dios es infinitamente glorioso y por tanto debemos vivir centrados en Él y no en nosotros. Por eso la teología de la Reforma es teocéntrica (centrada en Dios), no antropocéntrica (centrada en el ser humano).

Dios es la máxima autoridad por medio de su Palabra. Él es el Creador de todo y el Salvador que nos redime totalmente por gracia. Por tanto, solo Dios merece la gloria y no el ser humano. Él mismo enseña que no dará su gloria a nadie más (Is 42:8; 48:11). Esta es la esencia de *Soli Deo Gloria*.

Todas las demás *solas* de la Reforma protestante buscan preservar en nuestras mentes esta realidad para guardarnos de los ídolos. La idolatría consiste en darle a cualquier otra cosa o criatura —ya sea un ídolo de madera, una mascota, una persona, un país, el sexo, el dinero, nuestra reputación o un largo etcétera— el primer lugar en nuestras vidas que solo Dios merece. Esto nos lleva a la condenación y muerte, pues no existe pecado pequeño ante un Dios infinitamente

bondadoso y santo. Siempre que caemos en idolatría, estamos menospreciando profundamente al todopoderoso y dándole la espalda... seamos conscientes de eso o no.

La idolatría es contraria al propósito de nuestra existencia porque el único que merece toda gloria es Dios. Por eso los ídolos jamás podrán satisfacernos y llenar nuestros corazones con el gozo divino para el que fuimos hechos. No fuimos diseñados para los ídolos de nuestra propia invención, sino para Dios, quien nos creó para que le conozcamos y para que nuestra única respuesta sea glorificarle.

En la teología reformada, las cuatro *solas* anteriores son como postes gigantes que elevan un gran cartel que dice «Solo Dios merece toda la gloria». Sostienen este letrero inmenso para que seamos conscientes de que no tenemos excusa para la idolatría y para que seamos alentados a vivir con gozo y gratitud para nuestro Dios. No podemos pretender poner nuestras palabras y tradiciones al nivel de su revelación, ni podemos jactarnos de haber contribuido en algo para nuestra salvación. Toda la gloria pertenece a Él.

En toda la Escritura

Cuando la Reforma proclama *Soli Deo Gloria*, no se basa solo en un par de versículos. Más bien, se basa en *toda* la Biblia y las diferentes formas en las que testifica de esta verdad.

Por ejemplo, la Escritura enseña que la creación habla del resplandor y los atributos de Dios (Sal 19:1; Ro 1:18-21); es decir, revela aspectos de su gloria que nos dejan sin excusa ante Él cuando no le adoramos con gratitud. Él merece la gloria por su poder creador (Ap 4:11). También nos habla que Dios creó al hombre y a la mujer para que reflejen su resplandor llenando toda la tierra con su imagen, lo cual

implica que fueron hechos para su gloria (Gn 1:26-28; Is 43:7). Cuando Adán y Eva pecaron y nos hundimos junto a ellos, Dios desplegó su gloria al mostrar su misericordia y bondad santa prometiendo redención por su sola gracia (Gn 3:15).

Dios también muestra su gloria en sus juicios contra el pecado (Nm 14:21), pues despliega su justicia y poder en ellos. Al mismo tiempo, también es explícito al decirnos que la liberación del pueblo de Israel en el éxodo —el gran acto de redención en el Antiguo Testamento— es para su gloria, para mostrarse superior al Faraón y sobre los dioses falsos (Éx 9:16; 14:4). Como afirma el salmista:

Nuestros padres en Egipto no entendieron Tus maravillas;
No se acordaron de Tu infinito amor,
Sino que se rebelaron junto al mar, en el mar Rojo.
No obstante, los salvó por amor de Su nombre,
Para manifestar Su poder (Sal 106:7-8).

El propósito del éxodo era que la gloria de Dios pudiera morar en medio de su pueblo, primero en el tabernáculo y luego en el templo (Éx 40:34; 1 R 8:10-11). Esto era una restauración parcial de lo que se vivía en Edén —comunidad con la gloria de Dios— y también un adelanto de lo que Dios haría más adelante en la redención, al morar en medio nuestro en Jesucristo y luego al darnos su Espíritu Santo (Jn 1:14; Ef 2:22; 1 P 4:14). También era un adelanto de lo que Dios hará en la consumación de la historia, cuando la gloria de Dios llene toda la tierra y vivamos para siempre junto a Él conociéndolo por la eternidad (Hab 2:14; Ap 21:23; Jn 17:3).

No solo la liberación de Israel en el Antiguo Testamento fue para la gloria de Dios, sino también nuestra redención hoy. Dios nos bendice por amor de su nombre (Sal 23:3).

«Yo, Yo soy el que borro tus transgresiones por amor a Mí mismo, Y no recordaré tus pecados» (Is 43:25). Más adelante, Pablo menciona tres veces en un solo capítulo que el fin de nuestra redención en Cristo es la exaltación de Su gloria (Ef 1:6, 12, 14).

Son muchos más los pasajes bíblicos que nos hablan sobre cómo todo es para la gloria de Dios. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar cómo Él nos enseña que su gloria es desplegada en su Hijo como en ninguna otra parte. Cristo «es el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza» (Heb 1:3a). «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1:14). Por eso Pablo habló del evangelio como el «evangelio de la gloria de Cristo» (2 Co 4:4). ¿Quieres conocer la gloria de Dios en su mayor manifestación? Mira a Jesús, observa con atención su carácter y lo que hizo por nosotros para nuestro gozo y su gloria.

Los cielos nos muestran la gloria de Dios al revelarnos algunos de sus atributos, como su poder y grandeza (Sal 19:1). Pero en la vida, muerte, y resurrección de Jesús se despliegan perfectamente atributos de Dios que no se despliegan en la creación (como su amor sacrificial sin medida y su soberanía sobre el pecado y la muerte), de una manera más amplia que en tiempos del Antiguo Testamento. Jesús habló de esto pocas horas antes de Su muerte cuando dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él» (Jn 13:31; cp. 17:4). Considera la explicación que Juan Calvino presenta sobre ese texto, como una muestra del entendimiento de la Reforma sobre este punto crucial:

... Era una declaración paradójica, que la gloria del Hijo del hombre se levanta desde una muerte que era considerada ignominiosa entre los hombres e incluso maldita ante Dios. Él muestra, por lo tanto, de qué manera se gloriaría a sí mismo de tal muerte. Esto es así porque por Él glorifica por medio de ella a Dios Padre; porque en la cruz de Cristo, como en un teatro magnífico, la inestimable bondad de Dios se manifiesta ante el mundo entero. En todas las criaturas, de hecho, tanto altas como bajas, la gloria de Dios brilla, pero en ningún lugar ha brillado más que en la cruz, en la que ha habido un cambio asombroso de las cosas, se ha manifestado la condenación de todos los hombres, el pecado ha sido borrado, la salvación ha sido restaurada a los hombres; y, en definitiva, el mundo entero ha sido renovado y todo es restaurado en buen estado.^[3]

El evangelio lo cambia todo y el despliegue de la gloria de Dios en la salvación de pecadores es tan grandioso, que dentro de un millón de años los creyentes todavía estaremos respondiendo postrados en adoración.

La mejor de las noticias

Ahora ya podemos responder a la objeción más común contra *Soli Deo Gloria*: «¿No es presumido o egocéntrico de parte de Dios que todo sea para Su gloria?». ¡No, no lo es!

Nos desagradan las personas que siempre quieren ser el centro de atención (al menos que nos distraigan de nuestros problemas), pues ellas no merecen estar siempre en el centro y no son indispensables o tan brillantes como pretenden serlo. Esas personas son injustas y pretenciosas cuando quieren que el universo gire en torno a ellas. Aparentan ser lo que no son porque desean saciar algo en ellas; por lo general, lo que desean es sentir la aprobación de otros. Todos somos así en algún grado, pero Dios es diferente.^[4]

En primer lugar, Él sería injusto e idólatra si hiciese todas las cosas para la gloria de algo más, pues solo Él es infinitamente

glorioso. En segundo lugar, Él no necesita que le «demos gloria» cuando le adoramos porque Él es autosuficiente. Dios no tiene ninguna sed por saciar (Hch 17:24-25). Más bien, Él orquesta y hace todo para su gloria con el fin de desplegar su suficiencia ante nosotros, para compartir de su riqueza y deleite infinito en quién es Él. Es decir, para que podamos deleitarnos en Él por siempre a medida que nos sumergimos eternamente en su vida trinitaria, en la comunión y alegría que Él tiene consigo mismo. Cuando Dios hace todo para su gloria, nosotros como pecadores redimidos somos beneficiados.

¡Qué bueno saber que el universo no es gobernado por un tirano egocéntrico y necesitado, sino por un Rey tan generoso y rico que nos crea porque quiere mostrarnos su gloria y saciarnos de ella! No puedo pensar en una verdad más sobrecogedora que debe hacernos humildes y llenarnos de asombro. Jesús literalmente no quiere un cielo sin que estemos nosotros allí para que contemplemos su gloria y nos gocemos en Él: «Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que vean Mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Jn 17:24).

Esta es la mejor noticia que puede existir, pues si todo es por Él, de Él y para Él, entonces podemos estar seguros de que al final de la historia todo —absolutamente todo, incluyendo nuestras lágrimas, dificultades y fracasos— habrá sido en última instancia para el mayor bien: el despliegue de la gloria de Dios y nuestro gozo eterno en Él a través de la comunión que tenemos en Cristo (cp. Ro 8:28).

La esencia de la vida cristiana

Todo lo anterior nos demuestra que la esencia de la vida

cristiana es vivir centrados en Dios y no en nosotros mismos. Se trata de vivir contemplando su gloria en el evangelio para ser transformados más a imagen de Cristo (2 Co 3:18; 4:3-6). También se trata de reflejar y buscar esa gloria en cada área de nuestras vidas: desde nuestra relación con nuestro cónyuge, hasta en nuestros estudios, lo que publicamos y consumimos en Internet, nuestro trabajo, y un largo etcétera. Es hacer todo en adoración a Él y para que otras personas también puedan adorarle (Mt 5:16; 1 Co 10:31). Se trata de servirle con gozo y gratitud, según su Palabra y dependiendo de sus fuerzas, para que en todo Él sea glorificado en nosotros (1 P 4:10-11).

Al mismo tiempo, esta doctrina nos sirve de advertencia. Hace años escuché de una iglesia que crecía muchísimo, y un día el pastor dijo orgullosamente desde el púlpito: «Nosotros somos la mejor iglesia en todo el país». Habló con soberbia, como si Dios necesitase esa iglesia. Al domingo siguiente, estalló un escándalo horrible y la iglesia se dividió de inmediato. Esta historia me la contó con dolor una oveja de esa congregación. Me recuerda que no darle toda la gloria a Dios en nuestras vidas y ministerios es un asunto serio. Dios promete humillar en su tiempo a quienes se exaltan a sí mismos y no le glorifican (Lc 14:11; cp. Hch 12:23).

La realidad de que todo es para la gloria de Dios, forma parte ineludible del engranaje de este universo hecho por Él. Es como la ley de la gravedad: podemos tratar de ir en contra de ella, pero al final es una ley de la cual no podemos escapar por completo, pues incluso en el espacio la gravedad ejerce su influencia a medida que Dios dirige por medio de ella el movimiento de galaxias, sistemas y planetas.

Somos llamados a reconocer en nuestra era egocéntrica que

nunca seremos felices si no estamos centrados por completo en Dios. Vivamos de esta forma con humildad y gozo reconociendo quién es Él y lo que hizo por nosotros, pues el fin principal de la existencia del ser humano es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.

Sobre los autores

Josué Barrios sirve como Coordinador Editorial en Coalición por el Evangelio y ha contribuido en varios libros. Es periodista y cursa una maestría de estudios teológicos en el *Southern Baptist Theological Seminary*. Vive con su esposa Arianny y su hijo Josías en Córdoba, Argentina, y sirve en la Iglesia Bíblica Bautista Crecer, donde realiza una pasantía ministerial. Puedes leerlo en josuebarrios.com y seguirlo en Twitter: @josbarrios.

Jonathan Boyd es misionero con ABWE (*Association of Baptists for World Evangelism*) y uno de los pastores en la Iglesia Cristiana Bautista Impacto Bíblico, en Santa Marta, Colombia. Es casado y padre de cuatro hijos. Tiene dos maestrías de *Faith Baptist Theological Seminary* (Iowa, Estados Unidos) y una de la Universidad de Birmingham (Reino Unido). Puedes seguirlo en Twitter: @Joncolombia75.

José “Pepe” Mendoza es el Director Editorial en Coalición por el Evangelio. Sirvió como pastor asociado en la Iglesia Bautista Internacional, en República Dominicana, y actualmente vive en Lima, Perú. Es profesor en el Instituto Integridad & Sabiduría, colabora con el programa hispano del *Southern Baptist Theological Seminary* y también trabaja como editor de libros y recursos cristianos. Está casado con Erika y tienen una hija, Adriana. Puedes seguirlo en Twitter: @pepieri.

Leonardo Meyer sirve en la Iglesia Bautista Internacional, en República Dominicana, y estudió en el Instituto Integridad y Sabiduría. Trabaja como director de auditorías para una empresa comercial en su país. Está casado con Masi y tiene dos hijos. Puedes seguirlo en Twitter: @leonarmeyer.

Josué Ortiz es pastor de la Iglesia Gracia Abundante, en la Ciudad de México. Es doctor en predicación expositiva por *The Master's Seminary*. Está casado con Rebekah y juntos tienen tres hijos. Puedes seguirlo en Twitter: @pastorjosuecdmx.

Notas

Capítulo 1

[1] «Decreto sobre la justificación», sesión VI, cap. 7 en *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, trad. Ignacio Lopez de Ayala (Madrid: Imprenta Real, 1785), 45.

[2] Confesión de Augsburgo, Artículo 4.

[3] Roland H. Bainton, *Here I Stand: A Life of Martin Luther* (Peabody, MA: Hendrickson, 1950), 42-48.

[4] Francisco Illescas, «La disputa de Leipzig, momento culminante en el rompimiento de Martín Lutero con la iglesia romana (1517-1520)» en Leopoldo Cervantes-Ortiz, ed. *Antología de Martín Lutero* (Editorial CLIE, 2020).

[5] *Ibíd.*

[6] Philip Schaff, *History of the Christian Church, vol. VIII: Modern Christianity. The Swiss Reformation* (Oak Harbor, WA: Logos Research Systems, Inc.), 1997. <https://ccel.org/ccel/schaff/hcc8/hcc8.iv.iv.ii.html>

[7] *Catecismo de la Iglesia Católica* I,2,81-82. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p1s1c2a2_sp.html

[8] Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics, vol. I, Prolegomena* (Baker Academic, 2018), ed. John Bolt. Localización 9467 (Edición Kindle).

[9] *Commentaries on the Epistles to Timothy, Titus, and Philemon*, trad. William Pringle, <https://ccel.org/ccel/calvin/calcom43/calcom43.iv.iv.iii.html>

[10] Bavinck, *Reformed Dogmatics*, loc. 9537.

[11] Un ejemplo de esto serían los puntos citados arriba del *Catecismo de la Iglesia Católica* (ver nota 7), los cuales son tomados directamente de la *Constitución Dei Verbum del Concilio Vaticano II* y se apoyan con base en el Concilio de Trento y no en la Escritura: «considerando que esta verdad y disciplina están contenidas en los libros escritos, y en las tradiciones no escritas, que recibidas de boca del mismo Cristo por los Apóstoles, o enseñadas por los mismos Apóstoles inspirados por el Espíritu Santo, han llegado como de mano en mano hasta nosotros; siguiendo los ejemplos de los Padres católicos, recibe y venera con igual afecto de piedad y reverencia, todos los libros del viejo y nuevo Testamento, pues Dios es el único autor de ambos, así como las mencionadas tradiciones pertenecientes a la fe y a las costumbres, como que fueron dictadas verbalmente por Jesucristo, o por el Espíritu Santo, y conservadas perpetuamente sin interrupción en la Iglesia católica». *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, 13 (se modernizó la puntuación de esta cita).

[12] *Libro de confesiones* (Louisville, KY: Asamblea General Iglesia Presbiteriana [E.U.A.], 2004) cap. 2, sec. 5.011 y 5.013. https://www.pcusa.org/site_media/media/uploads/curriculum/pdf/confessions-spanish.pdf

Capítulo 2

[1] R. C. Sproul, *What is reformed theology?: Understanding The Basics* (Baker Books, 2016), 69.

[2] *Martin Luther's Account of His Own Conversion*, <https://www.monergism.com/thethreshold/sdg/MartinLutherConversion.pdf>

[3] *Martin Luther's 95 Thesis*. Traducción personal.

[4] *Martin Luther's Account of His Own Conversion*. Énfasis añadido.

[5] *What is Reformed Theology?*, 70. Énfasis añadido.

[6] A.W. Pink, *The Doctrine of Justification*, cap. 7.

[7] Charles Spurgeon, *All of Grace* (Moody Publishers, 2010), 50.

[8] *What is Reformed Theology?*, 84.

[9] *The Doctrine of Justification*, cap. 7

[10] *All of Grace*, 60.

Capítulo 3

[1] Juan Calvino, *A Little Book on the Christian Life* (Reformation Trust Publishing, 2017), 61

Capítulo 4

[1] Michael Reeves, *Rejoicing in Christ* (Intervarsity Press, 2015), 66.

[2] Alister McGrath, *Luther's Theology of the Cross* (Wiley-Blackwell, 2011), 133.

[3] Citado en: *Un comentario sobre la disputación de Heidelberg*, por Jonathan Boyd. <http://impactobiblico.com/wp-content/uploads/2012/03/Un-comentario-sobre-La-disputación-de-Heidelberg-por-Jonathan-Boyd.pdf>

[4] *The Wedding of Prince Charles and Lady Diana Spencer*, BBC, <https://www.bbc.com/historyofthebbc/anniversaries/july/wedding-of-prince-charles-and-lady-diana-spencer>

[5] *Super Bowl Pales in Comparison to the Biggest Game in Soccer*, Felix Richter. <https://www.statista.com/chart/16875/super-bowl-viewership-vs-world-cup-final/>

Capítulo 5

[1] *La Biblia de Estudio de La Reforma* (Ligonier Ministries y Poiema Publicaciones, 2020), 2431.

[2] Steven Lawson, *Theology for the Glory of God*. <https://tabletalkmagazine.com/article/2021/08/theology-for-the-glory-of-god/>

[3] Juan Calvino, *Commentary on John - Volume 2* (Grand Rapids, MI: Christian Classics Ethereal Library), 40-41. <http://www.biblestudyguide.org/ebooks/comment/calcom35.pdf>

[4] Una versión de este párrafo y el siguiente apareció en mi introducción al libro *Jóvenes por Su causa: De la oscuridad a la luz* (Poiema Publicaciones, 2020).



www.coalicionporelevangelio.org